

## EN LA COSTA

(de "Narraciones y Poemas" - José Luis Vittori, Santa Fe, 2000)

*Volví a sentir la emoción de mi infancia,  
cuando mis ojos recreaban el mundo.*

Simone de Beauvoir

La fuerza de las cosas (383)

Una tarde, en marzo, las sombras se alargaban en el patio, a eso de las cinco. Papá llegó imprevistamente. Se lo veía animoso. Alto, apuesto, en línea, con su corbata de moño y su pajizo. El sombrero de raffia me hace acordar que todavía era verano.

- ¿Querés que te cebe unos mates, Pedro? -ofreció mamá.

- No Delia, después.

No es la hora. Él es muy exacto en sus horarios. Pide a mamá que me vista para salir. Me preocupa, me asusta. Nunca se presenta a esa hora a buscarme. Me resisto. Pienso que viene a llevarme al dentista o al médico.

- Viene a llevarme al dentista -lloriqueo, pensando en el torno.

- Pero no, sonso. Quiere llevarte a pasear...

Él espera en el escritorio, con el sombrero puesto, en silencio. No sé si creerle a mamá. Un paseo a esa hora es algo insólito en las costumbres de la casa.

- Quiere llevarte al río, a pescar.

Ahora sí me animo. Es la noticia de algo diferente. Cuando ya estoy cambiado para salir, busco rápido un anzuelo, un palo y un cordel. Papá me levanta en el aire.

- ¡Arriba, Churrinche! -dice.

El avión me suspendió en el aire, por encima de su cabeza. Debo tener seis o siete años. No peso nada para su fuerza. Salimos de la mano. Es una tarde clara, de sol amarillento. Subimos al auto, el viejo Chevrolet descapotable que entonces era nuevo, modelo 36. Papá es buen volante. Inútil decirlo porque apenas hay autos por las calles vacías. Él va callado, atento a la maniobra. Yo invento algún juego, hablando conmigo mismo, mientras ato el anzuelo al cordel y el cordel a la cabeza redonda del palo de escoba. Es un anzuelo grande para prender un buen pescado. No he visto que papá lleve nada para la pesca, eso me hace desconfiar de sus intenciones. Pero no, ya ha tomado por el boulevard. Ahora conduce más rápido. Vamos como en un bote, cortando la sombra de los árboles frondosos. Papá silba los compases de su canción de estar contento.

Pasamos la Punta del Boulevard y, llegados al puente colgante, papá dobla a la izquierda y avanza raudamente por la avenida costanera. El sol alumbra de azul el río, entre los álamos. Los pescadores recorren los espineles, de pie en sus canoas en medio del agua. Bandadas de gaviotas graznan planeando por encima de sus cabezas. El sol alarga las sombras de los álamos sobre el pavimento en líneas paralelas. El auto solfea el pentagrama de las sombras.

Papá estaciona a la derecha, en el fondo de la costanera, cerca del puente ferroviario. Conozco el lugar porque se viene a comer sandías de la Costa bajo los arcos del puente y papá nos trae a veces de noche, después de la cena y todo el sitio se alumbra con faroles de mecha, y ponen unas mesas y sillas de paja y calan las sandías con un cuchillito; pero no es ahí donde me lleva. Cruzamos el veredón y bajamos por la escalera de cemento al talud de arena. Nos acercamos a la baranda, está tibia y lisa. La golpeo con el palo y suena. Bajamos todavía más, por una segunda escalera, hasta la playa de la laguna, donde están las canoas. Papá busca detrás de la solapa del saco, desenrolla un metro de hilo de coser, desprende un alfiler de cabeza, lo dobla en dos formando un anzuelo y lo ata al hilo, improvisando un mojarrero.

Luego subimos a una canoa embicada en la arena y nos sentamos a popa. Él arroja al agua su anzuelo y yo lo imito. Esperamos junto, en silencio, flotando sobre el agua transparente en la desembocadura de la laguna, balanceados por la brisa. Unos pájaros flotan en el río, hurgan las ondas con sus picos.

- ¿Qué son éstos?

- Gallitos del agua -dice papá mientras tira del hilo y saca una mojarra plateada, cimbreante. Si hasta parece que gritara al sacudirse en el aire, colgada del alfiler. Papá la desprende y la arroja al charco, en el fondo de la canoa.

Después pesca otra de escamas doradas. Y otra de piel blanca con pintas. Yo tiro del anzuelo sin carnada, inútilmente. Mi gran pez de agua dulce no encuentra en la traición del anzuelo nada apetecible para morder. La brisa ondula el río formando pequeñas olas que rompen en la arena y cloquean en la canoa. Hay un olor a mojado en el aire tibio. Desde el puente ferroviario un hombre de mameluco hace girar la plomada de la línea sobre su cabeza, en lo alto del arco, y después la arroja bien lejos; "ploc" hace al entrar en el agua levantando una burbuja. Sobre el horizonte vuelan bandadas de pájaros silbadores.

- Son crestones que buscan sus dormideros -dice papá al tirar del hilo. Ahora sí grita la mojarra suspendida del anzuelo. "Es una Vieja del Agua" -dice papá. Grita, grita... Me da lástima y retiro mi anzuelo. Papá la deposita en el charco. Arroja una vez más su sedal y se queda mirando el hilo un buen rato, pensativo, inmóvil, los labios apretados, sin hacer un gesto. Ahora nada se mueve. Ya no sopla la brisa. El río está calmo. Entonces me doy cuenta: ¡papá ha detenido el tiempo!. Y me quedo quieto. Sólo mi corazón bombea en silencio. Una luz dorada envuelve el espacio. Nada se oye, nada alienta, todo está en suspenso como en una oración. ¿Nos quedaremos así para siempre, mirando el río en un atardecer eterno con esta luz; mirando más allá, detrás de la luz del sol, detrás de las cosas, una forma de vida oculta, sólo visible entre dos reflejos...?. Lo veo pestañear. Ahora ha dejado de pensar en su trabajo absorbente, en mí, en el lugar, y está pensando en mamá. Esos dos se quieren, no pueden vivir alejados. Faltándonos ella, papá decide volver al tiempo. Tira del hilo y saca otra mojarra. Al moverse él todo vuelve a moverse: el viento, las olas, los gallitos del agua, la luz declinante del sol.

- Es una boga -dice, arrojándola al charco.

- ¡Cuántas hay ya! -exclamo, viéndolas bullir en el fondo de la canoa.

- Buscá en la playa a ver si encontrás una lata para llevarlas.

Busco alrededor de la canoa y encuentro una lata hundida en la arena. La desprendo y la sacudo hasta dejarla vacía. Después la lavo en la orilla. No es muy grande. La lleno de agua y se la tiendo a papá.

- ¿Cabrán?

- Creo que sí.

Papá captura uno a uno los pescaditos y los va metiendo en el tarro. Después me lo alcanza y se levanta. Salimos de la canoa a la playa. Papá enrolla el hilo en el alfiler y lo introduce en una ranura, entre dos lajas del murallón.

- Para cuando vengamos otra vez a pescar.

Mis mojarras se agitan en el tarro. Venir otra vez... Yo no he pescado nada y me dan lástima los pescaditos presos en la lata.

- ¿Puedo arrojarlos al agua?

Papá sonrío.

- Hací como quieras y vamos.

Corro hasta la orilla e inclinando el tarro dejo escapar la pesca de papá. Las mojarras se alejan aleteando en el agua transparente, felices (pienso) de sentirse libres en su río. Tiro la lata lejos.

- Ahora vamos -le digo, tomándolo de la mano, sin hacerle notar que he dejado en la canoa mi aparejo, aunque creo que él lo sabe y calla.

Ya anochece. Está refrescando. El viento eriza la piel del río. Otra vez... Nunca más en la vida y siempre en la memoria, este lugar, la tarde de un verano...